

IX COLOQUIO ANUAL DE ESTUDIOS DE GÉNERO.

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO.

9 al 11 de octubre del 2000.

Mesa temática No. 4: Fractura y configuración de las identidades.

Título del trabajo: Dos conversas en busca de su identidad.

Alicia Gojman Goldberg.

El presente trabajo intenta presentar la vida de dos mujeres del mismo origen judío, una de ellas nacida en el siglo XVI y la otra en el siglo XX, pero con la misma problemática sobre sus orígenes y la definición de su identidad.

Esa identidad es por definición una interpretación del yo que establece, qué es la persona y donde se sitúa en términos tanto sociales como psicológicos. Es la necesidad de pertenecer a una comunidad.

Los criterios para definir la identidad son : continuidad en el tiempo y diferenciación con respecto a los otros. La conciencia de formar una comunidad con una cultura compartida, ligada a la distinción de los miembros del grupo y considerar como "extranjeros" al resto, o sea, a los diferentes.

Esa identidad cumple tres funciones: ayuda a elegir, posibilita relaciones con otros y proporciona fuerza y resistencia.

En ese marco es como podemos comprender la vida de estas dos mujeres, las cuales en base a su elección de continuar siendo judías, tienen la capacidad de relacionarse con personas de sus mismas creencias y por ello además consiguen la fortaleza necesaria para resistir cualquier avatar y seguir adelante.

Una de las características vitales del ser humano es la capacidad de adaptarse a entornos diferentes; el hombre es flexible y contiene en sí, muchas posibilidades de desarrollo posterior. Esa identidad permite que los individuos sean educados dentro de un grupo que está situado en el espacio y en el tiempo, con valores, creencias, costumbres, convenciones, hábitos y prácticas transmitidas a los nuevos miembros de la comunidad.

Una cultura común favorece la creación de solidaridad entre los miembros de una comunidad dada y les permite imaginar dicha comunidad a la que pertenecen separada y distinta de las demás, la solidaridad se busca entonces en la conciencia de formar parte de un grupo que traza sus límites y considera a los de afuera como extranjeros o a veces como "enemigos" potenciales.

Es el caso de estas dos protagonistas de nuestra investigación. Ellas cargan emocionalmente ciertos símbolos, valores, creencias y costumbres las cuales interiorizan y conciben como parte de sí mismas.

En el primer caso se trata de Anna Vaez, una mujer sefaradita, es decir, nacida en España, hija de conversos al cristianismo, que confronta todos los avatares de una vida en la clandestinidad; ya que sus padres y abuelos fueron convertidos por la fuerza y nunca realmente aceptaron su nueva religión.

El existir en convivencia significaba vivir con otros, éste es un contexto de coexistencia caracterizado por el respeto de una cultura hacia la otra. Esta convivencia en el caso que nos ocupa tuvo siempre presente las cuestiones religiosas fundamentales que dividieron a cristianos y judíos, los primeros demostrando su hostilidad que combinaron con un cierto grado de tolerancia.

Hacia fines del siglo XIII y durante el siglo XIV la convivencia en España se rompió, y una creciente marea de intolerancia y persecución culminó en abundantes masacres en el año de 1391. Los judíos disfrutaron de una situación preeminente en los reinos ibéricos. Desempeñaron un papel principal en la administración fiscal, como proveedores de fondos y supervisores de la recaudación de impuestos. Participaron con un papel importante en la vida de la sociedad y estuvieron presentes en la mayoría de las esferas, tanto en la ciudad como en el campo, hasta la víspera de la expulsión en el año de 1492.

La conversión comenzó bajo presión, un cambio que fue en gran medida provocado por el celo fanático de las órdenes mendicantes, así como por la creencia de que todos los infieles serían convertidos antes del fin del mundo, que siempre se acercaba rápidamente en tiempos medievales.

Los judíos no creyeron que Jesús era el Mesías y pensaron que los argumentos de los cristianos eran absurdos. Por ello los intentos de una conversión pacífica fueron nulos. Una vez convertidos al cristianismo se cuidó para que permanecieran fieles a su nueva fe. Sin embargo siempre se les consideró como "los otros", los diferentes, los no limpios de sangre. La tolerancia hacia esos nuevos cristianos o conversos fue relativa. Existía siempre la desconfianza.

Las conversiones forzadas no fueron sinceras. Los bautizados bajo tales circunstancias seguían practicando el judaísmo en secreto. La conversión pacífica no pudo lograrse excepto en casos aislados porque, si se permitía la libertad de expresión, los argumentos cristianos, por lo que respecta a los judíos eran poco convincentes.

Los conversos eran judíos en todo, excepto en el nombre y cristianos en nada, excepto en la forma. Por añadidura podían transmitir su incredulidad a sus hijos, éstos aunque nacidos bajo la fe dominante y bautizados al nacer, fueron tan poco sinceros como sus padres en su adhesión al cristianismo. Si bien estas conversiones no se lograron por amenazas de muerte, se consiguieron bajo presiones morales.

Fue así como se acrecentó la problemática social de los judeoconversos. La apresurada conversión y la ausencia de una catequización se manifestaron en diferentes actitudes. Las prácticas criptojudías fueron una constante en la sociedad castellana, los enfrentamientos entre los cristianos nuevos y los judíos, ocasionaron distanciamiento entre los antiguos correligionarios, por otra parte esto provocó que el tradicional núcleo familiar se destruyera, pues generalmente no se bautizaba la familia completa.

Las conversiones en la mayoría de los casos fueron inspiradas por el terror ante las persecuciones y pasada la tormenta, algunos debieron arrepentirse de haber dado ese paso. Pero en la sociedad europea de la Baja Edad Media les fue imposible volverse atrás: con el bautismo se habían hecho cristianos definitivamente, tanto ellos, como sus descendientes. Se consideró que la conversión al cristianismo era irreversible, aunque no hubiera sido voluntaria. El bautizado que cambiaba de religión se convertía ipso facto en apóstata, y como tal, reo de un crimen castigado con las penas más duras, incluso la muerte. La religión en la cristiandad medieval, no era sólo una creencia individual, tenía un aspecto social; el que se apartaba de la fe y del dogma tal como los definía la iglesia no solamente cometía un pecado individual, sino también amenazaba la cohesión del cuerpo social entero que se fundaba precisamente en la fe.

Cuando los Reyes Católicos dictaron el Edicto de Expulsión sólo permitieron que permanecieran en España aquellos que aceptaran la religión cristiana. La mayoría de los que salieron sin quererse convertir fueron a dar a Portugal, lugar que los convirtió por la fuerza cinco años después, o sea en 1497.

Ese grupo desde entonces tuvo una doble vida, es decir, eran cristianos en la calle y judíos dentro de sus casa y éstos últimos fueron más religiosos y ortodoxos que sus correligionarios españoles. Sin embargo tanto a los conversos españoles, como a los portugueses los persiguió

la Inquisición por ser infieles al cristianismo.

Anna Vaez nació en el año de 1570 en la ciudad de Sevilla, pero sus padres Diego y Leonor Rodríguez descendían de los convertidos en Portugal. Ambos habían nacido en el Fondón, de origen converso judaizante y se consideraban parte de ese grupo unido que se llamaban a sí mismos "de la nación". Esto quería decir que pertenecían al mismo grupo religioso, ya que esto era el símbolo de unión entre los criptojudíos que siempre anhelaban tener una patria propia, pero que no la tenían.

La vida de estos criptojudíos fue difícil, ya que la Inquisición empezó a funcionar en Portugal desde el año de 1536 y con ello se desataron las persecuciones en masa contra los infieles. En el año de 1580 se dio la anexión de Portugal a la Corona Española, acontecimiento importante para este grupo, ya que tuvieron la oportunidad de pasar de Portugal a España sin ser molestados y considerándolos como súbditos de España.

El establecimiento de estas comunidades y su paso continuo en lo que se llamaba "la raya de Portugal", fue decisivo para el resurgimiento del judaísmo en España, con varios grupos establecidos sobre todo en Madrid y en Sevilla, en donde se asentaron en calles específicas, como fue el caso de la llamada "Cal de la Sierpe" en Sevilla, lugar donde vivían y comerciaban gran cantidad de judaizantes de origen portugués; hecho que motivó a que el pueblo identificara a los judaizantes bajo el nombre de "portugueses", como sinónimo de aquellos que seguían con la religión judía y por otro lado que se llamaran entre ellos "de la nación".

Aprovechando la situación de unión entre los reinos, muchos judaizantes tomaron la ruta de las Indias para probar fortuna y alejarse del Santo Oficio. Llegaban a veces a través de las Canarias por los Azores, o por los puertos de Cadiz o San Lucas de Barrameda, también a través de las posesiones portuguesas en Africa ya sea Luanda o Angola, Sao Tomé, Cabo Verde y Guinea donde compraban negros y los vendían en los mercados del virreinato.

Una de las formas más comunes de entrada se realizaba mediante un "acuerdo" con el capitán o dueño del barco, el cual pasaba a las personas sin licencia en un momento oportuno y los desembarcaba en puertos lejanos.

Anna Vaez fue una de esas personas que tomó ese camino hacia las Indias. Llegó a la Nueva España a la edad de 23 años y un año después, o sea en 1595 fue apresada por la Inquisición en la ciudad de México culpada de ser judaizante o infiel a su nueva religión.

Pero volvamos a su vida en España. Cuando cumplió los dos años sus padres se fueron a vivir a Cáceres en Extremadura, en donde radicaron durante siete años y fue ahí donde Anna quedó huérfana de madre. Por ello el padre decidió cambiar de residencia e irse a asentar a Sevilla, lugar en el cual contrajo segundas nupcias con Leonor Jorge, una conversa también.

Diego padre de Anna era comerciante al igual que muchos de sus correligionarios en esa ciudad. Sobre todo se dedicaban a vender telas, hilos o chucherías para la confección.

Las esposas acostumbradas a llevar la carga de la familia eran las encargadas de transmitir las costumbres y tradiciones a los hijos y fue así como la pequeña Anna de once años también ayudaba a su madrastra a las labores del hogar así como a preservar las costumbres judías en la clandestinidad. Ambas fueron responsables de seguir con las leyes dietéticas así como de celebrar las fiestas judías, sobre todo el sábado, el día más sagrado para el judaísmo.

Muchas mujeres frecuentemente ayudaban además a sus maridos en el sostenimiento del hogar, haciendo de niñeras, de lavanderas, hilanderas, pasteleras, cocineras, o simplemente damas de compañía.

Las niñas a los doce años de edad eran ya consideradas dentro del grupo de los adultos y realizaban actividades propias de su sexo como el cuidado de los hijos, la matanza de los animales a la usanza judía o el cuidado de los enfermos, entre otras cosas.

Por ello a la edad de once años Anna conoció a quién sería su marido dos años después, un muchacho de la nación, de nombre Jorge Alvarez; matrimonio que fue arreglado por los padres de los contrayentes. El casamiento fue llevado a cabo en el más absoluto secreto para seguir con las prácticas judías y además fue también efectuado por un padre católico en la ciudad de Sevilla.

A los nueve meses de casada procreó a una niña a la cual le pusieron el nombre de Leonor por la madre de su esposo que también se llamaba así. Esta era una costumbre de los sefaraditas o judíos españoles desde tiempos antiguos.

Leonor y Manuel Alvarez, suegros de Anna vivían también en Sevilla dedicados al comercio. Manuel viajaba constantemente con "cosas para vender"; sus viajes eran largos y casi nunca se sabía cuando iba a volver. Sus mercancías eran de todo tipo, sobre todo lanas y linos que llevaba de Sevilla a otros mercados y de los cuales traía consigo cosas, como vinos, aceites, hebillas, telas y brocados. Los Alvarez también eran descendientes de conversos de Portugal ya que habían nacido en la ciudad de Oporto de donde partieron casados en el año de 1562 hacia Sevilla.

Lógicamente que estos nuevos cristianos se buscaban para apoyarse. A veces vivían en la misma calle o por lo menos en el mismo barrio. Todos sabían quién continuaba con su judaísmo y lo guardaban en el más absoluto secreto para no delatar ni ser delatados.

Anna pasó a vivir con sus suegros ya que Jorge no tenía aun el suficiente capital para mantenerla y además con los frecuentes viajes de su suegro y su marido, ella le sería una buena acompañante a su suegra.

Manuel Alvarez viajaba a través de la Península Ibérica vendiendo su mercancía hasta que un día tomó la decisión de hacer un viaje a las Indias y probar allí fortuna. Así realizó varios viajes a la Nueva España, antes de establecerse allí definitivamente. En su primer acercamiento al Nuevo Mundo se instaló en casa de una correligionaria llamada Beatriz Enríquez, "La Payba", la cual vivía en la Plaza del Volador. De ahí se cambió a la calle de San Francisco en compañía de un amigo y un primo llamado Francisco Vaez, con los cuales puso su primera tienda.

La segunda vez que llegó a México lo volvió a recibir la Payba, pero de allí se cambió a la calle de Donceles donde por un tiempo puso de nuevo una tienda, la que posteriormente pasó a la calle de Santo Domingo, junto a la Inquisición.

Manuel permanecía una temporada en la Nueva España, para volver luego a Europa porque extrañaba a la familia y empezaba a considerar la posibilidad de establecerse definitivamente allí. Así por tercera vez se embarcó con la intención de tomar una decisión acorde con la situación. Esa vez se alojó en la casa de Clara Enríquez de donde se pasó a la calle de Tacuba en la cual puso tienda y alquiló la parte de arriba como alojamiento. Esos viajes los realizó entre los años de 1581 a 1592.

En 1585 empezó a llevar a Jorge a las Indias para que éste le ayudara con sus negocios y se adaptara a ese nuevo lugar a su clima y sus costumbres. Pero al poco tiempo de su llegada y dedicado a atender el comercio del padre, Jorge fracasó ya que quebró el negocio. Así lo relata el padre:

"Fuí a las Indias por segunda vez, porque me avisaron que el dicho mi hijo lo había jugado todo y gastado, vine a ver si se podía poner al cobro algo de la hacienda y visto que se lo había jugado todo y estaba pobre, determiné ir por mi mujer para vivir de asiento en esta tierra."

De acuerdo a los testimonios de varios testigos Jorge Alvarez fue un hijo problema, ya que de joven había huído de su casa para irse solo a Llerena, Extremadura. Tiempo después regresó a la casa paterna, donde al lado del padre se dedicó como ya comentamos al comercio. La primera vez que vino a México lo hizo para atender una tienda que su padre había establecido con Salvador Alvarez Hutarte.

Después de la quiebra del negocio lo regresaron a España "por hombre casado", pero se quedó en la Habana, Cuba, volviendo a la Nueva España cuando el padre le aviso que había llegado su madre, Anna y su pequeña hija.

El hecho de tener que viajar solas a la Nueva España fue para Anna , su suegra y su abuela toda una preocupación, ya que tenían que vender todo lo que tenían , decidir que iban a transportar en el barco con el permiso del capitán y como conseguirían las licencias para embarcarse. Debían enterarse cuando zarparía el siguiente navío y conseguir el permiso de la Casa de Contratación, tratando de burlar la vigilancia del Santo Tribunal.

A partir de 1552 por disposición de Felipe II, los pasajeros que solicitaban permiso a la Casa de Contratación para viajar a América, debían presentar informaciones previas hechas en sus tierras, diciendo quienes eran y qué no eran. Aunque la preocupación mayor de las prohibiciones eran los luteranos, moros y judíos, en 1559 se dio por supuesto que algunos de ellos vivían en las Indias, porque se encargó a los preladados que vigilaran que no hubiera personas con oficios públicos de esos orígenes.

Normalmente el requerimiento de los papeles no se podía entregar completo, ya que en ocasiones éstos eran muy antiguos o no se podía comprobar fácilmente el origen de los antepasados, no había pruebas que los solicitantes fueran casados o solteros y sobre todo si eran limpios de sangre sin mancha de moros o judíos. Como podían, los oficiales de la Casa de Contratación suplían las informaciones faltantes con testigos de la tierra de los solicitantes y exigían fianzas. Eso fue lo que tuvieron que hacer Anna su suegra y su abuela para poder viajar.

Los permisos de viaje eran personales, intransferibles válidos por dos años y después caducaban. En ellos debían anotarse las condiciones en las que la persona viajaría. Las mujeres merecían atención especial en esa legislación relacionada con los pasajeros. A las solteras se les prohibía viajar, aunque luego se permitía a algunas que desempeñaban ciertos oficios que pasaran. Existía la tendencia de cuidar a los matrimonios, ya que a quienes estaban casados en las Indias y residiesen en España, se les pedía que volvieran al lado de sus esposas,

Las mujeres recibían licencia para viajar, acompañadas de un pariente, para reunirse con sus maridos y los comerciantes o "cargadores" podían ausentarse de sus mujeres hasta por tres años y en las licencias los eximían de comprobar que las mujeres que llevaban eran las suyas.

Por ello Anna tuvo la facilidad de poder comprobar que iba a reunirse con su marido en las Indias, al igual que su suegra. Así provistas de los permisos se instalaron en el puerto para tratar con el dueño del barco, para establecer el pago del pasaje y las cosas que podrían llevar a bordo.

Se cobraba por lo que llevaban y la distancia que recorrían, así como por los acompañantes que llevaban. En el caso de Anna no sabemos cuánto fue el pago pero sí conocemos las cosas que embarcaron como dos colchones, algunos cojines de plumas, ropa de cama, enseres de cocina, alguna ropa personal y sobre todo alimentos que les alcanzaran durante la travesía y les ayudaran a mantener su dieta ritual, como gallinas, biscochos, arroz, aceitunas, alcaparras, uvas, limones conservas y toda clase de golosinas.

Como buena criptojudía Anna se debatía entre sus dos vidas, la de afuera y la de dentro. Su identidad era más fuerte que todo, el seguir manteniendo una historia y una memoria le era vital. Desde pequeña su madre le había inculcado las costumbres y ceremonias judías y ella las observaba con regularidad, como era la matanza de los animales, sacándoles la landrecilla y desangrándolos con sal para hacerlos puros o "kasher". Era ella la que cambiaba la ropa de cama los viernes y ponía mantel blanco para recibir el sábado, en compañía de su madre primero y luego de su suegra y su hija encendía las velas el, viernes por la noche en un cuarto del sótano de la casa y cocinaba la llamada "adafina" que se comería recalentada en el horno el sábado.

Anna, Leonor y Leonorcita viajaron en la Nao "La Magdalena", que capitaneaba el maestre Melchor Palomo. Junto con ellas viajaron otros conversos de origen portugués como Isabel Rodríguez, esposa de Manuel Díaz que iba a reunirse con él a México, Violance Rodríguez abuela de Anna y otra mujer de nombre Isabel López a la cual le habían avisado que su marido había muerto en la Nueva España y venía a buscar su herencia.

Todas ellas eran fervientes judías y por sus confesiones sabemos que llevaron a cabo todos los ritos y ceremonias judías en el barco, siempre en una forma discreta para no ser descubiertas.

Anna viajó con el apellido paterno de Vaez y su hijita como Leonor Alvarez igual que la suegra. La travesía fue larga y tediosa, el barco se movía mucho y los pasajeros se sentían muy mal sobre todo del estómago. Cada uno de ellos rezaba para que Dios les permitiera llegar sanos y salvos a tierra. A escondidas lo hacían las mujeres conversas que allí se encontraban y le pedían a Jehová que el barco no naufragara y que volvieran a ver a sus maridos.

Anna se reunió con Jorge Alvarez en el año de 1593. Su alegría fue grande al asumir que de ahí en adelante ya no estaría tan sola y que su pequeña hija vería con frecuencia a su padre. Al desembarcar lo vio de inmediato allí en Veracruz y pronto se trasladaron a la capital a la calle de Tacuba donde estaba la casa de Manuel Alvarez.

Las condiciones de vida le parecieron mejores que las de Sevilla, aunque le molestaba un poco el clima, pero se fue adaptando con facilidad a las nuevas circunstancias gracias al apoyo de sus vecinas criptojudías que le fueron enseñando el lugar donde estaba el mercado, adonde la Iglesia para ir a confesarse, el lugar más adecuado para dar un paseo y por supuesto donde reunirse para celebrar las fiestas judías.

El grupo de hombres y mujeres de la nación, se reunía con frecuencia y todos estaban convencidos de estar actuando conforme a su conciencia. La religión de Moisés la consideraban como la "verdadera" y por medio de la cual se salvaría su alma. Para Anna su vida en secreto le era totalmente normal, así había vivido siempre, así los parientes y amigos los cuales estaban pendientes siempre de la Inquisición.

A pesar de ello dos años después de haber desembarcado en Nueva España, Anna fue delatada por hereje judaizante y por practicar la Ley de Moisés, sus ritos y ceremonias. En el proceso testificaron contra ella diez y siete personas, las cuales la acusaron de ayunar los lunes y jueves por la "guarda de la Ley de Moisés", de matar a los animales a la usanza judía, de desangrarlos y ponerlos en sal, de sacar la "landrecilla" de la pierna de carnero, de vestir ropa limpia los viernes por la noche y de guardar el Día Grande o Día del Perdón o Yom Kipur.

Los inquisidores destacaron durante las audiencias su origen y el de sus antepasados diciendo que todos eran descendientes de portugueses judaizantes, y por otro lado enfatizaron el parentesco de Anna con Jorge y Domingo Rodríguez los dos "reconciliados" por ese Santo Oficio por haber practicado las costumbres judías.

Anna no confesaba a pesar de todas las sesiones y el tormento, guardaba silencio lo más que podía y no delató a nadie. Sin embargo pudo haberse arrepentido y pedir misericordia cosa que no hizo, ya que su educación y su convicción en que esto era lo correcto la hicieron sacar una fortaleza que ni los mismos inquisidores llegaron a comprender.

De las 58 personas entonces ajusticiadas en ese año 46 eran criptojudías y de ellas algunas habían sido juzgadas previamente como era el caso de Luis de Carvajal "El Mozo" que a pesar de su juventud se había convertido en uno de los líderes de la comunidad de conversos novohispanos.

Anna fue sentenciada a portar el sambenito y a la confiscación de sus bienes y sin embargo no confesó abiertamente su judaísmo. En el Auto de Fe llevado a cabo en la ciudad de México el 19 de diciembre de 1596 salió con una vela de penitente y se le amonestó para que abjurara "de vehemente" y se arrepintiera de sus pecados.

La vida en secreto constante fue un distintivo de esas familias cuyos antepasados habían sido sefaraditas o sea, personas que vivieron en la Península Ibérica antes de la expulsión y que como ya comentamos fueron por diversas causas conversos. A pesar del paso del tiempo, es decir, de cinco siglos sus descendientes siguieron guardando el secreto de su procedencia y solamente quedó en la línea masculina el deber de decir a los hijos que no olvidaran que eran descendientes de sefaraditas. En ocasiones guardaron costumbres y ceremonias que se llevaban a cabo en forma automática sin saber de donde provenían y en otras continuaron siendo judíos en sus hogares sin comentarlo con los vecinos.

Muchas familias desde aquellos tiempos fueron divididas en forma tajante por cuestiones de religión, algunos de sus miembros siguieron siendo judíos y otros eran fervientes católicos. No siempre sabían unos la religión que profesaban los otros, porque se conservó ese hermetismo más que nada, en aquellos que siguieron viviendo en España o en Portugal.

El caso que nos ocupa ahora, es el de una familia española que llegó a México a fines del siglo XIX y cuyos miembros contrajeron nupcias con mexicanos siendo la mayoría de religión católica. Sin embargo esos primeros inmigrantes eran en secreto judíos y sólo pidieron a sus hijos que cuando tuvieran una mujer les permitieran educarla. Esa hija resultó ser Amparo García, cuyos abuelos maternos eran de origen sefaradita y seguían guardando su religión en secreto, esperando poder transmitirla a una nieta.

En el año de 1905 nació Amparo en la ciudad de Ejutla de Crespo, Oaxaca. Sus padres fueron Ciro García y María Carrasco, oriundos de la misma región. Hija única con seis hermanos hombres, fue entregada a los abuelos para su crianza y educación. Fue así como los Carrasco le confesaron pronto a Amparo su religión y le enseñaron a amarla y a cultivarla.

El abuelo empezó por enseñarle el antiguo testamento y frecuentemente le leía la Biblia.

Para el señor Lucio Carrasco era muy importante enseñar a su nieta el judaísmo ya que decía que era la mujer la transmisora de la cultura y de las tradiciones y ella era la que imprimía un sello de identidad en ellos. Así fue como Amparo empezó a instruirse en las costumbres judías y en la comida sefaradita, la cual elaboraba junto a su abuela diariamente.

Estudió en su ciudad natal y fue preparada calladamente para que en el futuro pudiera ser una buena esposa judía. Hizo además la carrera de corte y confección.

Ella misma confiesa que en sus años de juventud siempre se preguntaba el porqué del silencio de los abuelos y ello la hacía retraída. Veía a sus hermanos que no tenían la menor duda de quienes eran y al ir a la Iglesia se sentían contentos y satisfechos. Por ello luchaba en su interior y su identidad no le permitía abrirse con nadie por temor a ser discriminada.

Le llamaba la atención el silencio de los abuelos durante tantos años y fueron ellos los que le platicaron como todos sus antepasados en España habían guardado en el más absoluto secreto su religión. Esto quizá sucedió no solamente por el hecho de vivir en un país que había expulsado a sus ciudadanos judíos, sino también porque ellos juraron en esos días no volver jamás a España.

Es muy difícil comprender esta fidelidad al judaísmo después de tantos siglos de aislamiento, sobre todo en épocas en las cuales ya podían ser abiertamente judíos en muchas otras partes del mundo. Así relató Amparo en su entrevista:

"Todos, todos venían de España y no se habían identificado como judíos, porque tenían miedo de decir quienes eran. Yo me sentí judía desde un principio....ya que me lo inculcaron mis abuelos, como un filtro en la piedra donde una gota caía poco a poco. Mi abuelo repetía que su fervor al judaísmo era capaz de perforar una piedra."

Amparo empezó a cuidar el sábado, no cocinaba nunca en ese día ya que lo hacía el viernes y lo guardaba en el horno para comerlo el sábado, al igual que lo hicieron sus antepasados. Se

cambiaba de ropa ese día, al igual la ropa de cama y los manteles. Sabía que no tenían un lugar de rezos y que por ello su abuelo subía a un cerro y allí rezaba al aire libre para que Dios fuera su testigo. Al regresar éste ya encontraba las velas prendidas por su esposa y su nieta y juntos se sentaban a la mesa para recibir el sábado.

Una de las promesas que hizo a los abuelos fue que se casaría con un muchacho judío, aunque en realidad no sabían ni uno ni otro como sucedería el milagro, ya que en Oaxaca no había una comunidad judía y con la de la capital se habían identificado muy poco.

Eran tiempos difíciles sobre todo para los inmigrantes judíos que llegaron en las primeras décadas del siglo XX. Con el recuerdo de tres siglos de Colonia y de una absoluta intolerancia hacia cualquier otra religión que no fuera la cristiana, éstos procuraban buscar otros lugares para establecerse. Una gran mayoría deseaba vivir en los Estados Unidos, pensando que ahí tendrían más oportunidades y no habría antisemitismo.

Los judíos de origen sefardita empezaron a llegar a México desde fines del siglo XIX, sobre todo después de haberse aprobado la tolerancia de cultos que inició el emperador Maximiliano y ratificó el presidente Benito Juárez en 1860. Estos venían de países como Grecia, Turquía, Bulgaria, el Imperio Otomano, de donde huían del servicio militar y de participar en las guerras de los jóvenes turcos, hecho que les hacía pensar en emigrar hacia América.

La mayoría de los que llegaban buscaban asentarse en la capital y uno que otro probaba fortuna en la provincia mexicana. Los provenientes de Turquía habían leído una nota del Profesor Francisco Rivas Puigcerver en la cual invitaba a sus correligionarios a venir a México país que ofrecía muchas oportunidades.

Esa invitación aunada a las primeras dificultades que puso el gobierno estadounidense a la inmigración dieron por resultado que esos inmigrantes llegaran a nuestro país y se pudieran integrar más rápidamente que sus correligionarios de Europa Oriental o Central, llamados ashkenazitas.

En el caso de los señores Carrasco su identificación como judíos fue distinta a la de estos hombres que llegaron a principios del siglo XX con una identidad judía plenamente definida. Sin embargo sus costumbres, modo de vida, alimentos etc. en realidad era similar.

Los Carrasco formaban parte de ese remanente de criptojudíos de la época colonial que al llegar a México procuraron asentarse lejos de la capital y su vida judía la seguían manteniendo en secreto a pesar de la desaparición del Tribunal de la Inquisición.

Amparo conoció al que después sería su esposo en el zocalito de Ejutla, donde todos los domingos por la tarde los muchachos salían a pasear en compañía de sus padres. Estos tomaban asiento en una de las bancas, mientras los jóvenes daban vueltas a la pequeña plaza para encontrar una amiga, una novia, o simplemente un compañero.

Max Borenstein no era sefardita, había nacido en Polonia y de ahí se trasladó a Alemania y emigró en los años veinte a México con otro grupo de muchachos para probar fortuna y ver si después podían traer a la familia. Como la capital les era ajena y la consideraron difícil, tomaron la decisión de viajar por la provincia para encontrar una mejor alternativa de vida. Fue así como en aquel domingo se fueron a pasear al centro de Ejutla para conocer el ambiente del pueblo.

Su idioma materno era el alemán y sus costumbres la de los judíos ashkenazitas. Cuando conoció a Amparo apenas empezaba a hablar mejor el español el cual le había costado mucho trabajo aprender. Sin embargo ese encuentro lo convenció de quedarse y probar fortuna en Oaxaca.

Aceptó las reglas de la cortesía y les pidió a los Carrasco la autorización para visitar a su nieta, y su sorpresa fue grande al enterarse que ellos también eran judíos pero de origen sefardita.

Mucho platicó con ellos y con Amparo acerca de ser judíos abiertamente ya que el país así lo permitía.

Pero para Amparo y sus abuelos el rezago de las persecuciones de la Inquisición aun pesaban mucho.

Se casaron en el año de 1924 pero únicamente por lo civil, y posteriormente viajaron a Chihuahua donde pensaron sería después más fácil pasar a los Estados Unidos en donde Máx tenía a parte de la familia y en donde los podría casar un rabino.

La adaptación de Amparo a su nueva vida no fue sencilla, ya que no solamente su marido se comportaba y decía abiertamente que era judío sino que las costumbres sefarditas que ella había aprendido en cuanto a comidas, rituales y algunas ceremonias eran diferentes a las que su esposo llevaba a cabo. Por ello se debatía entre lo nuevo y lo viejo y la dificultad de decir abiertamente que era judía.

En Chihuahua nacieron sus dos primeros hijos, una niña y un varón al cual hubo que hacerle la circuncisión al modo judaico. Con el niño el matrimonio se trasladó a la ciudad de Salt Lake City, junto a la familia de Max en donde un "mohel" o circunsidador le hizo la ceremonia al niño al estilo judío.

Max esperó algunos años la visa para los Estados Unidos sin conseguirla, mientras tanto se dedicó al comercio y a visitar los pueblos con la mercancía. Amparo permanecía sola con sus pequeños y temerosa de hacer amistades.

Fue una época difícil para los dos y sobre todo para Amparo, ya que le tocó vivir en Chihuahua la llegada de un grupo de cristeros que se apoderaron del pueblo de Santa Eulalia en busca de provisiones y su primer encuentro con los rebeldes fue en un cine de donde salieron aceptando darles alimento.

Max y Amparo escucharon la plática de aquellos hombres y su punto de vista en relación con la guerra cristera que se había desatado en el país a partir de la subida de Plutarco Elías Calles al poder. Sabían que era un conflicto entre Iglesia y Estado y ellos no querían tomar partido, sobre todo si esos hombres se enteraban que eran judíos. Laían en los periódicos que Calles era un "bolchevique" y que era una conspiración "liberal-judeo-masónica" y su temor ante la situación creció aun más. Por ello tomaron la decisión de volver a Oaxaca.

Para 1930 la ciudad de Oaxaca tenía 35 mil habitantes, entre los cuales 30 eran judíos. Todos habían llegado en busca de mejoras económicas, algunos eran aboneros o vendedores ambulantes, otros se dedicaban al comercio de bonetería, de medias o eran muebleros. Los Borenstein se sintieron más identificados, asistían a las reuniones y a la celebración de las fiestas en una casa de un amigo.

Para Amparo a pesar de visitar a sus hermanos cristianos y tener una excelente relación con ellos, su identidad judía se fue afirmando hasta convertirla en una mujer judía dedicada al cuidado de sus hijos y de su marido aceptando no sólo su religión abiertamente sino también la diferencia de costumbres entre los dos grupos.

La comida oaxaqueña se mezclaba con la ashkenasita y los hijos fueron concientes del respeto a una cultura y a una identidad a pesar de tener primos que seguían con la religión cristiana y de la dificultad que su madre había tenido para identificarse plenamente como judía y no seguir viviendo como en le época colonial en el secreto y la clandestinidad.